

Ferraris, Maurizio. (2023). *Documanidad. Filosofía del mundo nuevo*. Madrid: Alianza Editorial. ISBN: 9788411483346. Reseñado por: Tiziano Fossati Levi. Università degli studi eCampus. (Traducción: Francesca Indriolo).

En 2021 Maurizio Ferraris, filósofo de Turín cuya fama en Italia y en el extranjero sigue creciendo, publica *Documanidad. Filosofía del mundo nuevo*. El título es una clara referencia al anterior *Documentalidad. Por qué es necesario dejar huellas* (publicado en 2009 en Italia y en español por Ediciones Trea) aunque hay muchas novedades respecto a este último.

El tema de la huella, por ejemplo, aunque fundamental también en esta publicación, parece haber tomado nuevas formas y una centralidad distinta a la del pasado. Si en los primeros trabajos del profesor turinés el vínculo con la idea de texto era aún muy fuerte, con esta publicación Ferraris desplaza la atención del concepto de inscripción a el de histéresis, que es una noción decididamente más amplia y abstracta, pero al mismo tiempo mucho más específica.

En la sucesión de los libros de Ferraris, la escritura siempre ha tenido una importancia muy grande y es probablemente lo que más articula su filosofía, pero hay que admitir que nunca ha sido una noción inalterable: con el tiempo este pilar ha cambiado de nombre, apariencia y dimensión, siendo siempre un eje fundamental de su pensamiento.

En concreto, partimos a finales de los años ochenta, en la época de *Historia de la hermenéutica* (Ferraris, 1988), con la idea de “texto” para pasar luego a la de “escritura”, de “documento”, de “inscripción” y finalmente de “huella” en un camino de enfoque progresivo hacia lo realmente crucial de todo el discurso ontológico que propone el filósofo. Con *Documanidad* damos un paso más en esta progresión y la atención, antes centrada en la noción de registro, ahora se dirige a un nuevo concepto: la histéresis. Se trata del elemento más

novedoso de este volumen y al que el autor dedicará un próximo libro: *Hysteresis*, publicado por Edinburgh University Press.

Para entender qué es la histéresis, es necesario en primer lugar familiarizarse con el concepto de registro, del cual es una evolución: ya en trabajos anteriores Ferraris había aclarado que la huella no es necesariamente escritura, sino más genéricamente el pasado repetido por la materia, o más bien la capacidad de algo de persistir incluso después de su fin, gracias a su registro. Al mantener su memoria impresa en un medio físico, un objeto o un evento pueden manifestar su presencia (pasada) incluso cuando ya no esté. La huella

tiene la característica de estar a la vez presente, como huella, y ausente, ya que ser huella consiste en referirse a algo que no está presente, así como la ceniza es huella de un trozo de madera que ya no existe (Ferraris, 2023, p. 350).

Sin embargo, cuando algo queda, y por tanto se conserva, se puede reutilizar, sin necesidad de volver a empezar. Este es el caso de un pedernal astillado, un palo bien trabajado, un propulsor, un cuchillo afilado o cualquier otra herramienta que se pueda usar repetidamente y que no sea desechable.

El proceso básico gracias al cual se produce la construcción de un instrumento es la capitalización, es decir el esfuerzo invertido en la producción de un objeto que, gracias a su capacidad de ser reutilizado muchas veces, premia a su creador por la inversión inicial en términos de esfuerzo con la capacidad de economizar tiempo o evitar mucho trabajo una vez completado; trabajo que, gracias a la herramienta en cuestión, se vuelve mucho más rápido y, sobre todo, no tiene que repetirse todos los días. Esta

extraordinaria rebaja en términos de esfuerzo sólo es posible gracias al registro: el objeto conserva en sus formas la memoria de un esfuerzo, de un trabajo, que, en lugar de estar destinado por ejemplo al deshuesado directo de un animal, está estratégicamente dedicado a astillar un pedernal. Esto, si se hace bien, permitirá mucho menos esfuerzo en la acción de desollar y trocear una canal, pues tendrá una precisión y eficacia incomparables frente a la actividad directa de los dientes y las uñas sobre la carne para partirla, sin ayuda de herramientas, de los huesos. Además – y este es el aspecto crucial de la discusión – el trabajo realizado con el pedernal es una inversión de futuro extraordinariamente rentable, ya que se puede utilizar no una, sino varias veces en numerosos cadáveres: esto significa haber capitalizado un esfuerzo inicial, que se reembolsa en el momento del sacrificio de cada canal.

El principio de capitalización se aplica a cualquier herramienta: desde el pedernal hasta la azada, desde el teléfono móvil hasta la estación espacial internacional. El esfuerzo requerido para la construcción de una azada «se ve recompensado con la potenciación de la acción resultante» (Ferraris, 2021, p. 12) del mismo modo que disponer de una avanzada permanente en órbita permite a los científicos y astronautas ahorrar un gran número de viajes y movimientos de equipos. Pero, ¿en qué consiste esta potenciación? Depende de la herramienta, aunque en general las ventajas derivan de una mayor solidez, precisión y eficacia, pero sobre todo de la iteración, o sea de la posibilidad de repetir la operación sin tener que empezar de nuevo cada vez.

El registro hace posible la iteración, pero la iteración no es el único beneficio de la histéresis sobre el registro. De hecho, con la llegada de internet y, más recientemente, con la recopilación de metadatos, es decir, toda la información

que producimos involuntariamente con nuestro comportamiento, aparentemente insignificante si se toma individualmente (pero muy interesante si se considera en forma agregada), ha surgido la posibilidad de crear documentos a partir de algo que tradicionalmente no dejaba huellas.

Lo que la web está haciendo posible no es solo la infoesfera, es decir, esa capacidad, antes inimaginable, de conectar diferentes documentos o de recopilar y hacer accesible una infinidad de información, sino – y esto es lo verdaderamente extraordinario – la docuesfera, es decir, la capacidad para generar documentos a partir de circunstancias que antes no eran capaces de hacerlo. Y estos son datos que se pueden comparar entre sí, agregar, procesar y vender.

Además de la iteración, la histéresis puede así dar lugar a la alteración, a la emergencia como producción de lo cualitativamente nuevo (p 14).

Ferraris habla de la transición de la red ptolemaica a la red copernicana, donde la primera es esencialmente eidocéntrica (de *eidos*: idea), porque se centra en documentos fuertes, es decir, toda la información, imágenes y mensajes voluntariamente producidos y hechos públicos en el Internet. El segundo es etocéntrico (de *ethos*: comportamiento) porque se centra en documentos débiles, es decir, metadatos, que no registran las ideas u opiniones políticas de los usuarios, sino sus conducta.

Si bien puede parecer una diferencia sutil, lo que está en juego es muy diferente; desde un punto de vista político, de hecho, la finalidad del perfilar a los usuarios se interpreta de forma distinta: para la visión ptolemaica, la web es una herramienta destinada al control social de la población por parte del poder político, para la perspectiva copernicana, sin embargo, el objetivo es el beneficio económico.

Si el eidocentrismo ve en el documento la huella de una información, de la cual derivar ciertas acciones (políticas), el etocentrismo ve en eso, por el contrario, la huella de una acción, de la cual extraer información (económica). Brevemente: para la red ptolemaica la secuencia es información-huella-acción, mientras que para la red copernicana es acción-huella-información. Dejando de lado la supuesta cuestión del control político de la población por parte de los poderes gubernamentales, en la que – a excepción de China – Ferraris no cree mucho, queda en cambio reflexionar seriamente sobre el valor económico que tiene esta información. En efecto, la revolución documedial ha permitido hacer de la información (sobre el comportamiento) un bien muypreciado, «documentos que valen mucho más que el dinero porque nos hablan no de lo que el consumidor tiene sino de lo que el consumidor es» (p. 61).

También permiten la automatización, refinamiento y optimización de la producción y distribución de bienes, reduciendo desperdicios, tiempos y costos, todo ello aprovechando la información cada vez más detallada sobre los hábitos de compra, necesidades y conductas del consumidor.

Este proceso, capaz de producir significados – y por tanto valor – a partir de los datos, es la actividad propia de la hermenéutica digital. En esencia, se está generando valor (en términos de conocimiento y, en consecuencia, dinero) a partir de algo que a partir de algo que no creíamos pudiera tenerlo. Y sobre todo, antes de que consiguieran recopilarlos, no nos habíamos dado cuenta de la magnitud del valor que tenían estos datos, tanto que durante mucho tiempo nos preguntamos – por ejemplo cuándo las primeras redes sociales empezaron a tener millones de

usuarios – cómo estos gigantes de la comunicación se habrían facturado y sostenido económicamente ya que la inscripción es gratuita. Se pensó ingenuamente que los beneficios sólo podían derivarse de la venta de un servicio y no de la libre adquisición de información.

En el momento en que se puede registrar el comportamiento humano, entonces la praxis se convierte en poiesis, es decir, produce documentos y valor (p. 15).

La histéresis es, pues, algo decididamente más amplio que la inscripción; en esencia es – al mismo tiempo – el concepto de permanencia, de iteración y de alteración: aunque proviene de una evolución del estudio de la inscripción, es algo más específico y amplio que la huella. Si esta, en efecto, ya había sido identificado como memoria marcada sobre un soporte material, la histéresis se aplica mucho más genéricamente a todo lo que permanece y que, en esta conservación, permite el surgimiento de cosas nuevas. Incluso el agua que cava la roca es histéresis cuando deja una huella de su paso sobre la piedra, a través de la cual se hace reconocible su acontecer, aunque sea en forma de memoria,

pero en lo que se refiere a la histéresis precisamente la revolución documedial nos permite ver las cosas con más claridad y, en particular, reconocer que el registro hace mucho más de lo que comúnmente creemos (p.10).

Por ejemplo, cuando somos testigos del hecho de que una tela colgada al sol se seca y permanece así incluso después de que el sol se ha puesto, esencialmente estamos descubriendo que las consecuencias de algo permanecen

incluso cuando lo que las permitió ya no está: «los efectos sobrevivieron a las causas» (p. 349).

La tendencia que tiene el hombre moderno, sin embargo, es centrar su atención en las causas, como si éstas fueran el núcleo metafísico de la existencia:

no es así: el verdadero pegamento es posponer, persistir y transformar, lo que explica por qué [...] una sociedad sin documentos es muy poco, y por qué un aumento cuantitativo de la histéresis [...] ha cambiado el mundo, y sobre todo ha revelado su esencia profunda (p. 350).

Que de repente todo se registre, recopile y archive cambia la realidad, el conocimiento que tenemos de ella y en definitiva cambia nuestra vida. La histéresis es, por tanto, un concepto al que llega Ferraris a través del estudio de las inscripciones, pero que se aplica a la realidad en general y, por tanto, es esencialmente una categoría metafísica que mantiene unidos el tiempo, el espacio, la materia y la forma.

La mayor parte de *Documanidad* está dedicada a la filosofía de la técnica. Aquí Ferraris, refiriéndose a un discurso que ya había presentado en *Documentalidad* (2009) y a una larga tradición postestructuralista, en la que sobresalen Derrida y Leroi-Gourhan, presenta una descripción del hombre como un animal esencialmente técnico. Habiendo rechazado cualquier visión creacionista o constructivista, que de hecho sería la declinación secular de la misma perspectiva pentecostal que ve una mente creativa detrás del mundo, aunque sea más humana que divina, Ferraris adopta un punto de vista emergentista, o más bien el equivalente filosófico del evolucionismo. La realidad no se dibuja, ni se diseña, ni se construye: en su origen no se sitúan ni las divinidades ni los esquemas mentales del

“Yo pienso” kantiano. Emerge gracias a mecanismos de estratificación y permanencia; en otras palabras: gracias al registro.

La inteligencia humana, desde este punto de vista, no difiere cualitativamente de la de otros animales, muchos de los cuales, por ejemplo algunos cetáceos, tienen capacidades cerebrales globales que superan a las del hombre (Linzey, 2013, p. 1). Incluso comparando la masa cerebral con la del peso total del organismo, el hombre no tiene primacía ya que hay hormigas cuyo cerebro puede llegar a ocupar alrededor del 15% de su masa corporal (Castillo, Seid, Wcislo, 2011, p. 6). Lo que caracteriza al ser humano, en efecto, no es una dotación orgánica particular, como un cerebro voluminoso (Leroi-Gourhan, 1997, pp. 26-27), sino una carencia insalvable: él vive sin cuernos, garras, pelaje o caparazón.

El hombre – y en este Ferraris hace referencias explícitas a Leroi-Gourhan y Nietzsche – es esencialmente un animal vulnerable e inadaptado, a merced de las fuerzas de la naturaleza y presa fácil de otros carnívoros. Sin embargo, es en la carencia orgánica donde debe rastrearse la necesidad de compensar la propia debilidad con dotes externas:

el alma se hizo humana no cuando alcanzó una determinada masa cerebral, sino cuando, por una serie de circunstancias fortuitas que retrospectivamente puede leerse como el destino manifiesto de la humanidad, se ha dotado de suplementos técnicos capaces de remediar sus carencias (p. 103).

A esto se suma el hecho de que el hombre, a diferencia de los autómatas y los cerebros electrónicos, está lleno de necesidades. Ya sean básicos, como comer y respirar, o secundarios, como casarse en la costa de Amalfi o licenciarse en química, el mismo hecho de ser un organismo lo convierte en

esclavo de un gran número de compulsiones. Responder a las necesidades y suplir las carencias, y no «la posesión de la razón ni el amor al conocimiento, constituye la esencia del alma humana» (p. 116), lo que significa que nunca ha existido una humanidad sin técnica, ya que representa la principal estrategia implementada por el hombre para adaptarse al medio ambiente.

En esta perspectiva, por lo tanto, no es posible concebir una antropología que no sea también una filosofía de la técnica, y aquí también encuentra una fuerte confirmación la crítica de Ferraris al mito del buen salvaje y al supuesto estado de naturaleza descrito por Rousseau, donde los hombres hubieran vivido libres y felices, antes de ser corrompidos por la ciencia y las artes. No sólo no ha existido nunca tal era, sino que además es absolutamente inconcebible y en contradicción con la naturaleza misma del hombre: si hubo hombre, inevitablemente también hubo tecnología, ya que

el exceso, la adopción de complementos con respecto a la natural dotación, debe [...] ser entendida como una constante, la única, que define la naturaleza humana (p. 131).

Documanidad continúa el estudio de la relación entre el hombre y la tecnología con un análisis profundo de la “responsividad” y de la típicamente humana capacidad de generar y proyectar fines en las herramientas que crea. La razón no nace como facultad originaria, sino como esa capacidad de comprender que surge siguiendo a la competencia: exactamente como la epistemología, según Ferraris, es posterior a la ontología, ya que «algo debe ser para que algo sea conocido» (. 234), asimismo la comprensión emerge sólo después de la competencia.

Trivializando, podemos decir que no es necesario saber física ni anatomía para caminar, así como

no es necesario saber qué son las matemáticas para hacer cálculos, [...] comprender es un lujo, la competencia y la acción son una necesidad (p. 201).

La actividad primaria de la razón es la de generar fines, no la de resolver problemas, ya que en la mayoría de los casos la eficacia de actuar deriva precisamente de la práctica, que permite la adquisición de habilidades. El conocimiento es siempre posterior a la praxis, y no se da la situación contraria: la técnica no es el resultado de una mente superior y superfina, como solemos pensar, sino el origen de la propia autoconciencia, que es la última fruta: tardía, contingente y totalmente impredecible.

Cuando manejo dinero, no aplico una teoría económica, [...] simplemente actúo, siguiendo el carácter subyacente de mi relación con la realidad en general. Poco a poco, a través de la acción, puede ocurrir que tome conciencia de lo que hago, y la competencia se transforme en comprensión, es decir la tecnología pasa a ser epistemología (p. 203).

La autoconciencia, la conciencia, la intencionalidad, dentro de las cuales el hombre coloca invariablemente la responsabilidad de sus propias acciones, son elementos completamente ausentes en la secuencia ontología > tecnología > epistemología, y que aparecen si acaso en el último tramo de la tríada y, más que nada otra cosa, acompañando un gesto más que generándolo. El estudio de esta secuencia pasa por la reevaluación del gesto, la mano y la prótesis, cuya

cooperación determina el concepto de responsividad.

De hecho, la acción humana es una secuencia ininterrumpida de gestos principalmente inconscientes, de los que tomamos conciencia de forma completamente involuntaria e impredecible. «En definitiva, el conocimiento no es la premisa, sino si acaso [...] el resultado» (p. 209).

Pero, ¿qué determina el nacimiento de los significados? El valor de la conciencia, del tiempo, de la intención y, más ampliamente, del sentido de la vida y de la acción, sólo puede derivar de la muerte:

sólo lo que tiene fin puede tener fines, desde el momento en que se siente la unicidad de las elecciones y la historicidad de la existencia (p. 243).

Entre las muchas diferencias que existen entre una inteligencia humana y una artificial, más allá de las capacidades de cada una, está que la segunda, a diferencia de la primera, no está enraizada en un organismo y por tanto no teme a la muerte y no tiene necesidades, ni primarias ni secundarias. El hombre, en cambio, está condenado a morir y sabe que tiene poco tiempo: tiene urgencias, tareas que atender. Son fines internos (comunes a los animales, pero no a los autómatas), cuando se dedican a la supervivencia, como comer y respirar, y fines externos (comunes a los autómatas, pero no a los animales) cuando se trata de necesidades de carácter no biológico.

La cuestión central de este discurso, nada evidente, es que «el organismo confiere sentido, urgencia, fines a un mecanismo que de otro modo carecería de ellos» (p. 131). Por un lado es pues el hombre quien, sometido al fin (muerte) genera fines y los proyecta, a través de la inscripción, en las máquinas (cortar, golpear, lanzar, etc.), por otro

el mecanismo fortalece los recursos del organismo, y crea las condiciones para el nacimiento del conocimiento, del mundo de la cultura y del espíritu, de las relaciones sociales y de la economía (p. 131)

Así se genera efectivamente un nuevo mundo de fines externos. Esta es la razón por la que el hombre es el único animal no humano que posee propósitos tanto externos como internos.

Es en esta capacidad de asignar fines, desde el de hacer un plato de pasta hasta el de restaurar el imperio germánico, en lo que consiste la racionalidad (p. 243).

Donde el suplemento suple una carencia biológica, la satisfacción genera nuevas necesidades: imagen que casi parece fundar el capitalismo de consumo (y no sólo la capitalización de la histéresis) en la condición metafísica del hombre.

Cada nuevo suplemento que entra en la historia llena un hueco pero genera otros nuevos. Y en este punto comienza una espectacular persecución mutua (p.138).

Consideremos, a modo de ejemplo, cuántas nuevas necesidades genera el uso del teléfono móvil (permanecer conectado e informado, publicar fotos, responder a los mensajes). Idealizar una supuesta época edénica en la que el hombre vivió ingenuamente libre y feliz, antes de corromperse con el comercio, la tecnología y el capital, es llevar adelante un relato que ignora que es en ellos donde se pueden rastrear las constantes de la forma humana de vida.

Sin embargo, los extraordinarios desarrollos de la técnica siempre parecen despertar grandes preocupaciones: así lo demuestra el reciente desconcierto que la inteligencia artificial, mediante el uso de modelos de lenguaje de aprendizaje automático, ha generado en el día a día de muchos usuarios y en las

disposiciones de algunos gobiernos (en Italia el Prov. n. 112 del 30/03/2023 emitido por la *Autorità gar. per la protezione dei dati personali*). Más allá de la inevitable circunstancia de que toda innovación esté expuesta a estos riesgos – pensemos en la demonización de la máquina de escribir por parte de Heidegger (Ferraris, 2016) – se hace necesario considerar la automatización como un resultado inevitable de la histéresis y probablemente uno de los más relevantes para la tecnología del siglo actual.

La pregunta asume, sin embargo, relevancia social, en un momento en que la automatización, aplicada al mundo del trabajo, conducirá a la inevitable sustitución de muchas figuras profesionales, exactamente como en el pasado, maquinarias cada vez más precisas y productivas habían sustituido a la mano de obra de muchos trabajadores y agricultores. Lo que parecía imposible de suplantar, y que por tanto se consideraba propio del ser humano, era su inteligencia, su capacidad de cálculo y su inventiva. Ahora sabemos que no es así:

la inteligencia, lejos de ser algo exclusivo e inimitable en el hombre, [...] es lo que dentro del ser humano puede ser imitado por el mecanismo: registra, manipula, calcula, repite (p. 65).

La automatización y sus consecuencias en el mundo del trabajo hacen cada vez más evidente que lo que los robots nunca sustituirán al hombre no es la producción, sino algo que está enraizado en el organismo (de lo que carecen las máquinas), es decir, el consumo: «la esencia del ser humano no está en sustituir a la máquina, sino en consumir lo que la máquina produce» (Ferraris, 2021, p. 65).

Parecen tomar forma algunas de las intuiciones proféticas de Adorno, al menos parcialmente, en torno a la configuración del hombre como trabajador-consumidor, orientado tanto en la fábrica como en su tiempo libre por el capital y la industria cultural.

La industria está interesada en los hombres sólo en cuanto clientes y empleados suyos y, en efecto, ha reducido a la humanidad en general y a cada uno de sus elementos en particular a esta fórmula que todo lo agota (Horkheimer y Adorno, 1994, p. 191).

Las necesidades, el sistema de producción y la tecnología se entrelazan y envuelven al individuo en una realidad dominada por el capital en todos los niveles: «el mundo entero es conducido a través del filtro de la industria cultural» (Horkheimer y Adorno, 1994, p. 171). La cultura misma se mercantiliza y genera productos comerciales. La música, los libros, las películas se vuelven repetitivos, predecibles y estereotipados.

Lo decisivo hoy [...] es [...] no dejar en paz al consumidor [...]. El principio del sistema impone presentarle a todas las necesidades como susceptibles de ser satisfechas por la industria cultural, pero de otra parte, organizar con antelación esas mismas necesidades de tal forma que en ellas se experimente a sí mismo sólo como eterno consumidor, como objeto de la industria cultural (p. 186).

Incluso lo que debería ser tiempo libre del trabajo está ocupado por el capital que explota el ocio y lo tuerce al interés económico, convirtiendo al hombre en un sujeto esencialmente dedicado a la actividad productiva durante las horas de trabajo y al consumo durante las horas de

descanso: «*work while you work, play while you play*» – tal es una de las reglas básicas de la autodisciplina represiva» (Adorno, 1987, pp. 129-130). Las necesidades que el hombre quiere satisfacer durante su ocio son inducidas por el mismo sistema de producción para el que trabaja, haciéndose esclavo por partida doble: de la producción y del consumo.

Durante el tiempo libre el trabajador debe orientarse según la unidad de producción. [...] Para el consumidor no hay nada por clasificar que no haya sido ya anticipado en el esquematismo de la producción (Horkheimer y Adorno, 1994, pp. 169-170).

Ferraris ofrece una descripción actualizada de lo profetizado por Adorno cuando señala que los corredores y los que van al gimnasio, así como los que practican el ayuno, son el síntoma de una transformación significativa. La rarefacción del trabajo, que «además de precariedad, es reducción de trabajadores» (p. 68), ha provocado la desaparición del esfuerzo físico. El hombre

debe correr para quemar la energía que no consume en el trabajo, pero – este es el aspecto crucial – su movilización puede producir más riqueza que la generada por la fuerza física, porque le permite consumir bienes producidos industrialmente a un precio muy bajo que de otro modo quedarían sin vender (p. 68).

La centralidad del trabajo, entendido como la producción de valor, parece pasar gradualmente de la producción real al momento del consumo: vacaciones, viajes, compartir fotos en las redes sociales, aunque esencialmente momentos no laborales, se han convertido con el tiempo en el eje de la producción del valor. «El *otium* es

mucho más rentable que el *negotium*» (p. 72) sobre todo cuando la actividad de montar muebles recién comprados se desplaza en el tiempo libre del consumidor: el comprador está contento porque gastó poco en sus compras y la empresa tuvo una gran reducción de costes. Todo esto es posible porque el consumidor, de nuevo, ignora que su tiempo libre está cada vez más dominado por actividades productivas, cuyos beneficios económicos siempre recaen en terceros.

El trabajador subjetivamente se siente cansado, pero no sabe a qué atribuir el cansancio, porque no sabe que está trabajando y en cierta medida se lo oculta a sí mismo (p. 72).

Además, así como el montaje de muebles por parte del consumidor disuelve la división del trabajo, propia de la producción capitalista tradicional, del mismo modo

con el eufemismo de “teletrabajo”, o “smartworking” (sinónimo inequívoco de “tangada”), la difusión extiende potencialmente la cantidad de trabajo requerido rompiendo la unidad de tiempo, lugar y acción propia del trabajo industrial (p. 329).

Si antes el trabajo se distinguía del descanso, escribe Ferraris, como el día de la noche, hoy es cada vez más omnipresente y se concentra sobre todo en aquellas actividades que, paradójicamente, parecen dedicadas al ocio, como escribir una reseña después de cenar en un restaurante, compartir fotos de un viaje, pasar un par de horas en el sofá viendo una película, después de haberla elegida en una plataforma. Todo esto hace esencialmente que la actividad laboral sea indistinguible de la vida privada.

Documanidad, cuya exhaustividad y amplitud temática son impresionantes,

concluye con una propuesta política bastante sorprendente: dado el enorme valor que constituyen los datos que los usuarios dan a las plataformas de forma gratuita, sería deseable una gestión virtuosa de esta riqueza – no sólo cognitiva, sino también concretamente monetizable – por parte de una institución supranacional. Después de todo, esos datos son producidos por los usuarios, quienes, mientras producen este valor, no se benefician de él de ninguna manera. Por ello, sería muy útil la creación de un proyecto que combine bienestar y seguridad social (welfare) con la idea de bienestar digital (webfare).

Precisamente porque los usuarios de los servicios gratuitos no son los productos, sino los productores, estos servicios no son verdaderamente gratuitos, ya que generan una plusvalía, por lo tanto, la plataforma debe pagarlos no con un salario asignado a usuarios individuales [...] sino con una transferencia de recursos a la Unión Europea para fines de webfare (p. 329).

De las dos dimensiones en las que se pueden clasificar los datos, la semántica (que consiste en información) y la semiótica (que registra el comportamiento), las plataformas obviamente están más interesadas en la última, porque contienen muchos secretos sobre la acción humana, que solo con técnicas adecuadas de interpretación de datos es posible descifrar; que es la tarea principal de la hermenéutica de los medios.

Sin embargo, la atención de los académicos, en lugar de la mucho más significativa esfera del comportamiento, continúa enfocándose en la dimensión más romántica de los pensamientos, lo que ahora se define globalmente como la “infosfera”, una expresión que se hizo

famosa por un exitoso libro de Luciano Floridi (2014). Probablemente, también en este caso, dar prioridad a las palabras frente a los gestos es uno de los tantos legados del pensamiento posmoderno que Ferraris intenta superar desde hace años.

Referencias

- Adorno, Th. W. (1987). *Minima moralia. Reflexiones desde la vida dañada*. Taurus.
- Castillo, A., Seid, M. A., Wcislo, W. T. (2011). The Allometry of Brain Miniaturization in Ants. *Brain Behaviour and Evolution*, 77(5-13). Smithsonian Tropical Research Institute.
- Ferraris, M. (1988). *Storia dell'ermeneutica*. Bompiani.
- Ferraris, M. (2009). *Documentalità. Perché è necessario lasciar tracce*. Laterza.
- Ferraris, M. (29/01/2016). Neanche Heidegger capì la macchina da scrivere. *la Repubblica*.
- Ferraris, M. (2021). *Documanità. Filosofia del mondo nuovo*. Laterza.
- Ferraris, M. (13/03/2023). *Ermeneutica digitale. L'interpretazione dei dati: il processo di riappropriazione in quattro fasi*. <https://www.agendadigitale.eu/cultura-digitale/linterpretazione-dei-dati-il-processo-di-riappropriazione-in-quattro-fasi/>
- Floridi, L. (2014). *The Fourth Revolution - How the infosphere is reshaping human reality*. Oxford University Press.
- Horkheimer, M. y Adorno, T. W. (1994). *Dialéctica de la Ilustración. Fragmentos filosóficos*. Editorial Trotta.
- Leroi-Gourhan, A. (1997). *Il gesto e la parola. Vol. I Tecnica e linguaggio*. Einaudi.
- Linzey, A. (2013). *The global guide to animal protection*. University of Illinois Press.

Autorità gar. per la protezione dei dati
personali. Provvedimento n. 112 del
30/03/2023.

[https://www.garanteprivacy.it/home
/docweb/-/docweb-
display/docweb/9870832](https://www.garanteprivacy.it/home/docweb/-/docweb-display/docweb/9870832)